

Un Viaje de IDA y VUELTA

- 1.- Vicente**
- 2.- Valentín**
- 3.- Carlitos**
- 4.- Daniel**

Emilio MARÍN TORTOSA
Cuatro relatos cortos

IV.- “DANIEL”

Carlos está sentado en un banco de la estación donde tantas horas ha pasado en espera del tren que le lleve hasta el orfanato donde cada lunes acude para cortar el pelo a los huérfanos de aquella Institución. Los lunes era el día en que cerraba la peluquería, y el día aprovechado por él para hacer aquella obra de caridad. Lo de cerrar la peluquería era un decir, pues él hacía mucho tiempo que no tenía peluquería; ejercía su oficio de manera ambulante, es decir: a domicilio.

Carlos no es un hombre mayor, pero se siente mayor y cansado. La vida no está siendo justa y amable con él. Ha pasado por episodios tristes, penosos, y agitados, que le han impedido un normal descanso, no solo físico, con ser este importante, si no el psicológico. No es la cantidad de horas que le ocupaba su oficio, si no las circunstancias en que lo tiene que ejercer. Desde hace unos años, está confinado el ejercicio de su profesión en un barrio muy concreto, y con una clientela muy especial: el barrio, era el “Barrio Chino” de la Ciudad, y la clientela, las prostitutas que en él trabajan. Por ello no tiene un local al que puedan acudir sus clientas, sino que era él el que acudía a las casas donde ellas estaban. En realidad toda su peluquería era la cartera de mano que lleva siempre con él, y que se puede ver tan ajada por el uso, como están las suelas de sus botas. Aunque las dos, botas y cartera, estaban siempre listas para el servicio. Como él.

El cómo llegó a aquella extraña situación, era una historia triste, injusta, y ajena a su propia voluntad. A Carlos le era penoso recordar todos aquellos sucesos que le hicieron caer en desgracia. Pero no podía evitar que en momentos como aquel en que el tren se retrasaba más de lo habitual, sus pensamientos volaran desde aquellos no muy lejanos días hasta el presente, sin que él, y su débil voluntad, lo pudieran impedir.

A veces, los recuerdos le pesan a Carlos como algo insoportable. Su corazón se acelera, y la rabia por la impotencia de no poder identificar a un enemigo concreto contra el que luchar, amenaza con explotar y terminar de una vez con aquella angustia. El silbido del tren, y el recuerdo de la buena acción que tiene por delante, le sacan de aquel presagio tan funesto. Una vez de vuelta en el tren, y con la misión cumplida, era una nueva persona con renovadas fuerzas para seguir en la brecha.

El trabajo extra en el Orfanato, que por supuesto lo realizaba de forma gratuita, es el fruto de un acuerdo con La Autoridad. A cambio de rapar a los huérfanos, se le permitía salir del barrio donde

estaba confinando una vez por semana. El municipio se ahorra el gasto que suponía el contratar a un peluquero que cobrase por el servicio, y él tenía la oportunidad todos los lunes de respirar otros aires, aunque tristes también como el del Barrio Chino donde él ejercía, pero algo distinto. Aquel, el de su barrio, era un aire espeso, infectado de olor a orín, a suciedad, y a marginación. Un aire que



que cargaba los pulmones y hacía, a veces, sentir como si una tormenta se estuviera

desarrollando dentro del pecho. En cambio el del Orfanato, era un aire limpio. El arbolado que rodea al feo edificio, (más propio de una fábrica que de un hogar) lo mantenía limpio, y allí purificaba sus pulmones, pero también era triste, muy triste. Ver tantos niños abandonados, sin padres ni familiar alguno que se ocupase de ellos, era un espectáculo, para él, sobrecogedor. Siente una honda emoción el ver a aquellos niños desamparados apretujarse a su alrededor para coger alguno de los caramelos que él llevaba en la visita de cada lunes. Trataba, muchas veces en vano, de aislarse de la circunstancia particular de cada niño que le llevó al ingreso en aquel almacén de niños abandonados. Madres solteras que dejaban al recién nacido a las puertas del enorme edificio, huérfanos sin nadie que quisiera, o pudiera, hacerse cargo de ellos, hijos sin padres... Pobres. Todos pobres. ¿Por qué? Por suerte, él no había tenido que pasar por una de aquellas instituciones, pero Carlitos, su hijo, sí que estuvo a punto de ser ingresado en uno de aquellos lugares tan tristes. Ahora ha conseguido una estabilidad suficiente, y no existe el peligro de que su hijo pase por aquello.

Daniel, Maestro Peluquero, conoció a Carlos, apenas un muchacho, sentado en un banco de la estación, dispuesto a coger un tren para regresar a su pueblo con todos los signos de fracaso en la cara. ¿Por qué se sentó a su lado aquel día y decidió hablarle? No sabría explicarlo. Tal vez es que él también se encontraba triste. Venía de pasar un mal trago al acompañar a un buen amigo hasta la morada de su otra vida. Aquello le había dejado muy apenado, y tal vez derrotado, ante los actos inevitables de la vida. También llevaría en el rostro la derrota de su amigo, y tal vez vio en el pobre muchacho su propio retrato de hombre acobardado. Quiso poner bálsamo a la congoja del muchacho, y a la vez, poner ánimo a su decaído espíritu.

Le habló de los buenos momentos que la vida nos regala. A pesar de los pesares y lo trabajoso que pueda ser el vivir en determinados momentos, al final del día el recuento es positivo. La vida es algo que hay que afrontar con optimismo, y más cuando se es joven. Cuando se tiene toda una vida por delante, no hay nada que se pueda interponer entre nosotros y la felicidad. Hay que buscarla. ¡No hay que rendirse nunca! Pero aquel discurso y cuanto le quiso decir no consiguió calmar al atribulado muchacho. Su llanto arreció, y Daniel, en un gesto paternal, pasó una de sus brazos sobre los hombros del muchacho y se le ofreció como paño de lágrimas. El joven, entre hipos y lágrimas, le contó el rosario de sus desdichas.

- ¡Bueno, bueno, muchacho! No será para tanto. Estás abatido por un cúmulo de circunstancias que han hecho que las cosas no hayan salido como tú esperabas. Pero en realidad ¿qué ha pasado? ¡Nada! Has hecho una escapada desde tu pueblo hacia la ciudad para buscar una vida mejor, pero al parecer esa tentativa ha fracasado. Pero solo al parecer, pues en realidad lo ocurrido durante todo este tiempo es que has adquirido un conocimiento de la vida, gracias a las circunstancias adversas, que te van a servir para encarar el futuro en muchas mejores condiciones. Eres joven, muy joven, y tienes toda la vida por delante para enmendar errores pasados. De hecho, ¿Quién no ha tenido algún fracaso en la vida? Y de hecho más de uno, te lo digo por propia experiencia, y siempre hay que mirar para delante. Muchacho, tú tienes toda la vida por venir.

Daniel, después de escuchar la historia de Carlos, entiende que el chaval esté desesperado ante el futuro que tiene por delante. Aunque lo que en ese momento le tiene más deprimido es el hecho de que le hayan separado de Manuela y Genaro, con un engaño tan vil. Después de aquello sabe que el muchacho no debe volver a la ciudad donde ha sido desahuciado de la pensión que él consideraba como su casa, y de su trabajo. El tal Don Faustino debía ser un hombre poderoso e influyente que le haría la

vida imposible. Y tampoco puede volver a su pueblo donde tendrá que dar una explicación que no tendría el visto bueno de su protector. Mal lo tiene el chaval.

- ¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a ir hasta la cantina donde tomaremos algo que nos reconforte el estómago y el ánimo. Hablaremos, y veremos qué se puede hacer para mejorar tu situación. Si te marchas ahora solo, no tendrás un buen final. Un muchacho joven en tu situación es presa fácil para los desalmados que siempre están a la espera de algún incauto a quien prometen cosas que nunca van a cumplir, empujándole a una vida de la que no es posible salir. De hecho, tú estuviste, según me has contado, al borde del precipicio durante tu vida licenciosa. Por suerte te han alejado de aquello, pero no siempre ocurre así, raro es el día en que en los periódicos no salga alguna noticia sobre desaparecidos. Vamos hombre. ¡Animo!

Daniel levanta al muchacho y le conduce hacia la cantina, sin que éste oponga resistencia. Ocupan una mesa al lado de una de las ventanas contraria a los andenes, la vista de las vías no era lo mejor para quitar al muchacho la idea de una huída alocada. Desde allí se veía la calle con sus tiendas y su trajín de gente yendo y viniendo. Un ambiente urbano y estable.

- ¿Te das cuenta muchacho? Desde aquí vemos pasar a la gente con toda naturalidad en su ir y venir. ¿Crees acaso que muchas de esas gentes, que vemos pasar, no tienen ante sí problemas más graves que el tuyo? ¡Seguro que sí! Pero ya ves, la vida



sigue su camino, y es que las desgracias también forman parte de la vida. Lo bueno y lo malo. Todo junto. Trata de mirarlo así y haz balance. Verás como siempre gana lo positivo. Y más con tu juventud.

Daniel se toma un respiro para que el muchacho trate de pensar en sus palabras y pueda sacar de su cabeza los malos pensamientos que le mantienen tan angustiado. El hombre ya tiene un plan, que tiene que exponer, para dar al muchacho, que no duda que se trata de

un buen muchacho, una oportunidad de encauzar su vida por un camino más lógico para él. Pero antes desea saber algo más del porqué quiso abandonar el pueblo, donde tenía un buen protector, para buscar, en una ciudad extraña, una vida, como ya ha podido comprobar, llena de incertidumbres. Quiere que hable, no en un relato de hechos, como ya había hecho, sino de los sentimientos que impulsaban sus acciones. Así conseguiría sacarle toda la tensión que le impedirían comprender todo el alcance de lo que le piensa proponer antes de hacerlo.

Por su parte Carlos está callado. Mira por la ventana sin ver. Tiene la mirada turbia por la certidumbre de haber sido víctima de un engaño inmerecido. El no había hecho nada malo. No entendía, mejor no quería entender, los motivos para que le ocurriera aquello. El vivía feliz en la pensión con Manuela y Genaro. Al pasar aquellos dos nombres por su mente, dos lágrimas rebeldes humedecen sus pupilas. ¡Cuan torpe había sido! Había tenido la enorme suerte de conocer a aquellas dos personas, que le acogieron en su casa como a un hijo, y había traicionado su cariño y confianza con su alocado proceder cegado por el placer engañoso de los prostíbulos. ¡Que torpe, y que malvado había sido con ellos! Y Miguel, ¿qué pensaría de él cuando llegase a su conocimiento? Y luego en la tienda, que había sido tan bien recibido y atendido, también les había fallado.

Se había ido deslizando por una peligrosa pendiente, cegado por la vida fácil. Había arruinado una vida y un futuro seguro, y ahora se ve perdido y consolado por un desconocido. Siente que las reflexiones y los consejos de aquel hombre desconocido que se había sentado en el banco junto a él, eran sensatas y estaban obrando un gran bien en su espíritu. En esos momentos siente que algo ha cambiado en su interior. Las lágrimas vertidas en aquel banco de la estación ante un desconocido que le había puesto ante la realidad de las cosas, le habían convertido, de pronto, en un hombre.

Daniel está atento a los cambios efectuados en el joven. Las lágrimas se han secado de golpe, y son sustituidas por un reflejo de esperanza. Su mirada, perdida en el trajín de la calle, tiene una luz de calma propia de los hombres que se hacen cargo de su situación, y están dispuestos a afrontar el destino con firmeza. Había llegado el momento de exponer su plan.

- Mira muchacho, si me permites darte un consejo, quiero decirte que no debes coger ese tren de regreso a tu pueblo. Al menos no debes tomarlo hoy. Necesitas un tiempo para reflexionar sobre todo lo ocurrido, y luego, con el ánimo más calmado, tomar la decisión que creas más conveniente para ti.

Carlos sigue atento a la calle, sin embargo, un ligero estremecimiento revela que ha escuchado las palabras del hombre.

- Si te parece bien, puedes venir conmigo a mi casa. Nosotros tenemos sitio para acogerte durante el tiempo que consideres conveniente. Mi mujer, y mi hija no pondrán ningún inconveniente en aceptar lo que te estoy ofreciendo. Y todo ello sin que suponga ningún cargo para ti. Serás nuestro invitado. Creo que mereces tener una nueva oportunidad antes de darte por vencido con una vuelta al pueblo que tiene que ser traumática para ti.

Carlos vuelve la mirada hacia el hombre que le estaba haciendo una proposición tan seria. No está seguro de si aceptar. Ya antes le habían ofrecido una amistad desinteresada, y él no había sabido corresponder a la confianza. Había actuado como un egoísta a quien solo le importaba su placer y su capricho. Pero la franqueza que ve en la cara del hombre, y la sinceridad de su oferta, le hace flaquear en su ánimo de resistir. ¿Y si aquella ocasión salía bien? Daniel, consciente de sus dudas, no le da oportunidad de especular más sobre su oferta.

- ¡Vamos! No lo dudes más muchacho, ya te he dicho que no hay ningún compromiso por tu parte, si llegados a mi casa no te convence mi plan, siempre estas a tiempo de volver aquí y tomar ese tren que ahora esperas con tanto dolor.

El hombre se pone en pie, recoge la maleta del muchacho.

- ¡Vamos! Mi casa está cerca de aquí.

Los dos abandonan la estación.

El lugar a donde Daniel llevó a un atolondrado Carlos, era un barrio de calles amplias, limpias, y llenas de tiendas y otros establecimientos elegantes. Aquello no tenía nada que ver con el barrio donde estaba la pensión de Manolita. Daniel, para vivir allí, tenía que tener una buena posición social. Conforme andaban las calles, la tranquilidad volvía al muchacho. Tal vez, en esta ocasión sí que iba a tener suerte. El encuentro con aquel hombre, cuya presencia le tranquilizaba, tenía que ser providencial. Debía acogerse a aquella oportunidad, tal vez fuese la última que se le ofrecía para encauzar su vida. Todavía su mente estaba ocupada en la tragedia, que según él, acababa de padecer, aunque, según aquel hombre, lo ocurrido no era tal, sino algo muy normal en muchachos de su edad. Nada que no pudiera arreglarse con un cambio de ambiente. A esa opinión tenía que agarrarse como a un clavo ardiendo.

- ¡Hemos llegado!

Aquella afirmación saca a Carlos de sus pensamientos. El hombre se había detenido ante un portal cerrado por una enorme puerta de madera, pulida y brillante como si la hubieran acabado de colocar ese mismo día. Se veía adornada con varios relieves tallados. La aldaba, que representaba una mano sosteniendo una bola, relucía como si estuviera hecha de oro. Aquello era más de lo que el muchacho podía haber imaginado.

.- Aquí es donde yo vivo con mi mujer y mi hija, y dos calles más abajo es donde tengo la peluquería. Después de esta información, el hombre se da cuenta del impacto que el lujo del barrio y de aquella casa, había causado en el joven.

.- ¡Vamos! ¡Entremos!

Tras pasar la puerta, la impresión de Carlos, por el lujo que anunciaba la puerta, se vio reforzada por el mármol y las lámparas que adornaban el vestíbulo. Un portero uniformado, les salió al paso para saludarles y darles los buenos días con una reverencia.

.- ¡Tomemos el ascensor!

Arriba les recibió la esposa de Daniel. Lucía, así se llamaba, que acogió con amabilidad al invitado de su marido.

.- ¡Pasa! Prepararé algo de comer. Creo que a los dos os vendrá bien. En la cocina es donde mejor estaremos, la chica de servicio está fuera, y yo me arreglo mejor allí.



Conforme penetraba más en la casa, Carlos, podía comprobar que por el lujo del mobiliario, y los retratos de ancianos colgados por las paredes, algunos con uniforme militar, era prueba de que aquella casa era de una familia pudiente desde varias generaciones. Daniel advierte la perplejidad del muchacho ante aquella muestra de momias retratadas.

.- No te dejes acobardar por las barbas de esos carcamales. Lucía viene de una familia de guerreros. Cuando yo la conocí, en su casa no les preocupaba más que las medallas y estrellas que pudieran llevar los hombres. Afortunadamente, ha cambiado, ahora sabe que hay cosas más importantes que las condecoraciones.

.- No le digas al chico todas esas tonterías. Va ha pensar que somos unos estirados.

Llegan a la cocina. Carlos se encuentra algo cohibido en aquella estancia, pero agradeció que la señora tuviera el tacto de acomodarle allí, si hubiera propuesto el salón, ante tanto lujo, no hubiese sido capaz de probar nada del refrigerio que le presentaran en la mesa. Allí estaría más cómodo. Lucía se excusó, y abandonó la estancia para ir a atender otras cosas que no podía dilatar. La realidad es que, viendo la incomodidad del joven, quiso dejarles a solas. Luego, Daniel, le explicaría el porqué de la presencia del joven en la casa. Tampoco aquello le resultaba una novedad para ella, Daniel la había sorprendido más de una vez llevando a la casa, sin previo aviso, a algún amigo. Aunque lo del joven no dejaba de ser más novedad que los casos anteriores.

.- Carlos, deseo que te sientas aquí como en tu propia casa.

Lucía sale de la cocina. El joven le da las gracias. El ya había escuchado aquel deseo anteriormente, y salió mal. Ahora tendría que ir con más cuidado si no quería defraudar a la señora.

.- Ya veo que estás más tranquilo. Lo que tú necesitabas, y yo estaba en lo cierto, era un momento de tranquilidad. Aquí, en esta casa la tienes. Como ves mi esposa te ha

recibido sin ninguna reserva. Ella entiende que si yo te he ofrecido mi hospitalidad es por alguna buena razón. Luego ya le daré noticias de todo. A mi hija ya la conocerás luego, ahora está en el colegio. Ella también te acogerá con afecto. Esa es nuestra manera de proceder con quienes creemos que lo merecen. Tal vez tú no entiendas que yo, en tan corto espacio de tiempo, te haya dado mi confianza. Ya te he dicho que soy peluquero, este oficio me permite un trato muy especial con las clientas, y un profundo conocimiento de las personas, por ello, al verte en tan lamentable estado en la estación, y haber escuchado tu historia, decidí, sin dudar, que eres un buen chico. Ahora lo que más interesa es acomodarte. Como ya he dicho, te puedes quedar aquí, en esta casa, el tiempo que decidas. En la parte de atrás, están las habitaciones para el servicio. Es algo que nunca hemos utilizado para ese fin, solamente se ocupan como lugar para invitados. Tiene su propia puerta que da a la escalera de servicio. En estas casas de antiguos ricos, no falta de nada. Tú te instalarás ahí. Tendrás tu llave, y podrás entrar y salir cuando gustes. Cerraremos con llave la puerta que comunica los dos espacios, y así podremos mantener nuestra particular intimidad durante el tiempo que te tomes para decidir qué hacer en el futuro. Mientras, serás tratado como uno más de la familia.

De pronto, una risa cantarina, y las fuertes pisadas de alguien que llega corriendo por el pasillo, llama la atención de los dos hombres. Algo como un torbellino entra en la cocina y se abalanza sobre Daniel.

.- ¡Hola papá!

Un par de sonoros besos suenan en el espacio. Carlos solo acierta a ver el revuelo de una melena que ocultaba en esos momentos al hombre con el cual estaba hablando. Daniel contesta al saludo del torbellino.

.- ¡Bueno, hija, ya está bien! ¿Qué va a pensar nuestro invitado?

Entonces la muchacha se separa de su padre y mira a Carlos. No había reparado en él, y un intenso rubor cubre sus mejillas, acentuando más, si ello era posible, su belleza.

.- Felisa, este es Carlos, un amigo y nuestro invitado. Tú te ocuparás de que quede bien instalado en la casa de atrás.

Carlos mira a la muchacha, que, aunque vestía uniforme de colegiala, era ya toda una mujer. Se levanta, y torpemente intenta extender su mano para saludar a la muchacha. Esta, sin hacer caso a la mano tendida, enmascarada en el rubor de sus mejillas, da media vuelta y sale corriendo de la cocina.

.- Bueno, está visto que me tocará a mí instalarte.

Carlos ya está instalado en la casa en las dependencias destinadas al servicio. Daniel le ha dejado allí. Según han convenido, tendrá total libertad para salir y entrar de la casa cuando quiera, usando la puerta de servicio. El contacto entre ellos será nulo durante una semana, tiempo suficiente para que él se calme, recobre la tranquilidad suficiente, y pueda pensar sin agobios en qué hacer con su vida en adelante. La puerta de servicio daba a una escalera que llegaba a la calle a través del garaje, y en vez del lujoso ascensor por donde llegó a casa de Daniel, había un montacargas, y en vez de salir a una calle principal lo hacía a un callejón trasero. A pesar de esta enorme diferencia entre el lugar por donde llegó a la casa, y por el que ahora entra y sale de ella, a él le parece todo un lujo. Jamás hubiera pensado vivir como dueño de un lugar como aquel.

Otra vez se encuentra en una situación poco tranquilizadora. ¿Debe acogerse al asilo que le ha brindado aquella familia? ¿Debe alejarse de allí antes de intimidar con aquellas personas? Pese a la buena voluntad que le ha demostrado Daniel, todavía no sabe a qué obedece la invitación, y su interés para que se quede en aquel lugar. No está muy seguro que de aceptar pueda tener un comportamiento adecuado a la confianza que le han dado. Sabe de la falta de control sobre sus pasiones. Quiere pensar que ya ha madurado, los golpes recibidos han sido muy duros, y que podrá frenar sus malos instintos. Y además está aquella joven, Felisa, que tanto le había impresionado con su aparición en la cocina.

Sentado en mitad de la escalera, contemplando en la penumbra los coches, que a la escasa luz parecen gigantes varados en un mar de polvo que la inactividad ha depositado sobre ellos. Tal vez aquel aparente abandono sea una prueba de que Daniel ha conseguido dejar atrás el rancio abolengo de la familia de su mujer, a cambio de una vida más acorde con los tiempos que corrían. A lo mejor él, a otro nivel, también pueda dejar atrás su anterior vida. Daniel puede ser un buen maestro. Aceptaré. Se pondrá en manos de aquel hombre. Al bajar la escalera, abre la puerta, y el garaje de apariencia espectral se inunda de luz. El día es espléndido. El sol luce con todo su vigor. Aquel era un buen augurio.



Carlos está decidido a hablar con Daniel y dejar claras las condiciones en que debe permanecer bajo su tutela. Estaba cansado de tanto cambiar de rumbo en su vida. Era joven, muy joven, pero todo lo acontecido desde que dejó la compañía de Miguel, le había dado la experiencia de muchos más años de los que en realidad tenía. Daniel y su familia representaban un referente muy distinto a quienes hasta ahora habían sido su compañía. Pertenecían a la clase social alta, a eso que llamaban burguesía, aunque al parecer el hombre se reía de la alcurnia de la familia de su mujer. En cualquier caso, si se quedaba a vivir con aquella familia, tendría que hacerlo en unas condiciones muy exigentes y desconocidas para él. Su cultura era de campo. El monte y las cabras habían sido sus profesores, y aun cuando se había adaptado bien a la vida de la ciudad, temía que no sería suficiente para desenvolverse sin comprometer a su familia adoptiva.

Estos fueron los miedos que le expuso a Daniel en cuanto pasó el tiempo de tregua que le había dado, y fue llamado a la casa principal. El hombre no le dio demasiada importancia a aquellas objeciones. Tampoco él provenía de una familia de la categoría de su mujer. Al principio le costó acostumbrarse a aquella etiqueta tan rancia y pasada de moda, pero durante el noviazgo me fui enterando de lo imprescindible para salir airoso. Una vez casados, mi mujer, fuera de la disciplina de su severo padre, encontró más atractiva mi forma de vivir, y esta casa se convirtió en una perfecta fusión entre las viejas costumbres de su familia y el aire nuevo que yo traje a ella. Y el resultado ha sido esa hija que era su orgullo, y que cuya modernidad les hacía rejuvenecer a ellos.

.- Por eso no debes preocuparte. A partir de ahora te vas a convertir en mi sombra. A donde yo vaya vendrás tú. Verás en qué poco tiempo, todo eso que ahora te preocupa, no será más que un recuerdo lejano.

Así quedó convenido.

A partir de ese día, Carlos pasó a convivir con aquella familia en la casa grande, aunque, y así o había solicitado él, dormiría en la zona de servicio. Por la mañana la jornada comenzaba temprano para Daniel que tenía que ir a abrir el salón de peluquería que regentaba no lejos de su casa. Carlos, como tenían acordado, salía tras él como si de su sombra se tratase. El hombre le decía que no era necesario tomar aquello al pie de la letra, que podía caminar al lado suyo, pero el muchacho prefería hacerlo unos pasos detrás. Así podía observar mejor a la gente que le saludaba, que era mucha en el barrio, y también iba conociendo maneras de tratar a gente de una categoría social tan distinta a la que él había estado acostumbrado hasta entonces.

El primer día que Carlos entró en el establecimiento, no se atrevió a pasar de la puerta. Conforme Daniel iba encendiendo las luces, lo que aparecía ante sus ojos, a parte de ser extraño para él, la limpieza y el lujo de los aparatos, él no sabía como denominarlos, le pareció como el decorado para una película. No tuvo tiempo para definir qué es lo que le causaba tanto asombro, pues enseguida fueron llegando unas chicas jóvenes, que tras saludar a Daniel con sumo respeto, se dirigieron al fondo del salón, y desaparecer por una puerta, volvieron a aparecer vestidas con ropa blanca, todas iguales. Eran las trabajadoras de la peluquería. Contó hasta siete. Luego llegó una mujer mayor, que saludó al dueño y se quedaron hablando. La mujer mostraba un cuaderno donde, según supo después, estaban anotadas las reservas hechas por las clientas para ese día. Daniel hace gestos afirmativos ante las explicaciones de la mujer. A continuación hace un gesto llamando al joven. Le presenta como su ayudante. Nada allí dentro iba a cambiar, pero a partir de entonces tendrán que acostumbrarse todos a ver a aquel joven junto a él, y más de un día, cuando él tenga que ausentarse, Carlos quedará en el salón. Todos deben colaborar con él. Su intención es que con el tiempo le sustituya, por eso debe aprender todo lo relativo a la profesión.

Rosa, que era la encargada, no tomó muy a bien la orden de su jefe, pero como era inútil discutirla, decidió colaborar de buen grado y darle tiempo al joven para ver como resultaba. De todas maneras ella ya estaba mayor y cualquier día se tendría que jubilar. En nada pues podría perjudicarle el nuevo ayudante. Llama a las chicas, y va señalando a cada una de ellas las tareas de ese día. No tardarían en llegar las primeras clientas y allí todo debe estar en orden. Comienza el ajetreo: una de ellas coge unos trapos y se pone a sacar brillo a todo, como si hiciera falta, otra saca de un armario un montón de toallas y las reparte. Al lado de cada sillón, hay una pequeña mesita donde se van colocando todos los utensilios necesarios. Justo cuando cada una de las chicas termina de colocarse al lado de cada sillón, suena la campanilla de la puerta, y entra la primera clienta. Daniel sale a recibirle con una amplia sonrisa. Luego es la encargada quien le recibe y le acompaña hasta el sillón donde está su oficiala favorita. Carlos y su jefe, desde la oficina que está al final del salón, vigilarán el trabajo que allí se realice.

Todo esto se repetía todos los días de martes a sábado. Los domingos y los lunes la peluquería permanecía cerrada, salvo los días en que algún acontecimiento requería sus servicios. Y esto tuvo que presenciarlo también Carlos todos esos días siempre al lado de Daniel. Este le iba explicando todas las cosas que ocurrían allí dentro para que se fuese familiarizando con el oficio. De vez en cuando, salían del despacho para aconsejar a alguna chica en su quehacer, cuando éste requería un tratamiento especial. Esto era tanto para instruir a la trabajadora, como para que el chico fuese entrando en el conocimiento de aquellas técnicas más complicadas. Y Carlos, muy espabilado, y muy interesado en aprender, sacaba buena nota de aquellas lecciones. En más de una ocasión, el maestro se ponía el delantal, y daba el último retoque al peinado de alguna de aquellas señoras que eran muy importantes. Falta por decir que en aquel salón figuraban

como clientas las mujeres de la mejor sociedad de la ciudad. La mujer del Gobernador era clienta habitual.

Este día a día de Carlos en la peluquería, se alternaba con las veladas en familia. Pues él ya se consideraba uno más de aquella familia de acogida. Durante esas horas, la tranquilidad se veía rota por las constantes bromas que Felisa, adolescente y revoltosa, gastaba a un Carlos todavía muy retraído en aquel ambiente familiar extraño. La chica recogía la amonestación de su severa madre y el regocijo de su liberal padre. En cambio, en aquellas ocasiones, la mirada del muchacho la fulminaba. Incómodo por aquel comportamiento de la chica, y a la vez halagado porque le tratase como un igual. Y esos sentimientos encontrados con relación a Felisa, se iban acentuando cada día más. No tanto por la parte del enfado, como por la alegría, cada vez mayor, que sentía al estar cerca de ella.

También en los padres se producía aquella dualidad de sentimientos. La madre, siempre atenta al bienestar de su hija, no terminaba de confiar en el muchacho. Al fin y al cabo se trataba de un desconocido que había sido encontrado por su marido en un banco de la estación del tren. En cambio él, viendo su comportamiento, y sus reacciones día a día, ante las tareas que le encomendaba, su seriedad, y su interés por aprender, le concedía toda su confianza. No obstante, y a pesar de todo eso, como no era un inconsciente, conocedor de su pasado, por lo que él le había revelado, mantenía una constante vigilancia, eso sí, sin que su mujer se enterase. Elisa era muy recta, y si hubiera observado en él algún tipo de recelo hacia el muchacho, le hubiese puesto en la calle inmediatamente. El tenía muchas esperanzas de sacar algo bueno de aquel muchacho.



Así pasaban los días, y Carlos iba ganando la batalla a la desconfianza de Doña Elisa. En más de una ocasión, si la velada se prolongaba mucho, bien porque salían a algún lugar por la ciudad, o en casa, le invitaban a quedarse a dormir en aquella parte de la casa. Luego vino un paso más largo en la actitud de la familia con el muchacho: Daniel, viendo que el muchacho comenzaba a estar algo agobiado por el trabajo en la peluquería, aprovechando que Felisa tenía unos días de vacaciones escolares, le encargó a la muchacha que le acompañase a conocer la ciudad. Era joven y también necesitaba distracción. El consideraba que ya estaba rehabilitado de las lacras de su vida anterior. Carlos, aquel chico que encontró casi llorando en un banco de la estación del tren, era ya otra persona.

Aquellas salidas de los dos jóvenes por la ciudad, trascurrieron entre constantes discusiones por los distintos puntos de vista sobre cualquier cosa que requiriese una opinión, y miradas cómplices que denotaban un afecto más real que aquellos enfrentamientos dialécticos. Un sentimiento iba forjándose entre los dos, algo no extraño entre dos jóvenes de distinto sexo que compartían tantas cosas en su rutina diaria. Primero fueron unos ligeros roces como cosas del azar, luego fue un deambular cogidos de la mano, y al final un beso furtivo en las butacas de un teatro. A partir de ese momento buscaron el estar juntos lo más posible. Eso sí: ninguno de los dos descuidó sus obligaciones. Nadie podía pues darse cuenta de aquella nueva situación. Pero los dos estaban equivocados. Ya hemos dicho que Daniel vigilaba estrechamente los movimientos del joven aprendiz, y supo darse cuenta pronto de lo que ocurría entre su

hija y él. No culpó a ninguno de los dos por algo que era natural y previsible, pero tomó la determinación de someter a Carlos a una nueva prueba.

Dentro de unos días iba a celebrarse una importante feria del sector de peluquería en una ciudad del extranjero, y Daniel le dice a Carlos que desea que vaya en su lugar. El ya estaba cansado de aquellos viajes, y sería de mucho provecho para su aprendizaje. El viaje no sería ningún inconveniente para él, pues formaría parte de un grupo de profesionales de aquella misma ciudad. Ellos cuidarían de él, lo mismo que él tuvo que hacer en otras muchas ocasiones con otros jóvenes aprendices. Hoy mismo vamos a solicitar tu pasaporte y los billetes para el tren. El hotel ya estaba reservado para todo el grupo. El mismo, antes de la partida, le daría unos consejos que le serían de mucha utilidad. Ante el silencio de Carlos, todo quedó acordado.

Al pobre muchacho, ante los planes de Daniel, se le encoge el corazón. Aquello iba a ser otro viaje sin destino que le llevaría al exilio. ¿Significaba aquello que había fallado otra vez a la confianza de sus benefactores? Una vez más se veía abocado a una expulsión de aquel lugar que él ya consideraba como un nuevo hogar. ¿En qué había fallado en esta ocasión? ¿Acaso tendrá que volver a recorrer las calles en busca de la dirección de aquel hotel que no existiría en lugar alguno? Si aquello era así, ¿volvería a encontrar otro buen samaritano que le rescatase de su desesperación en el banco de alguna estación de tren? Todos estos pensamientos, todas estas nubes negras, todas estas preguntas estaban agujijoneando el cuerpo del joven aquella noche tendido en su cama. El recuerdo de Miguel, cuyos sabios consejos no quiso seguir, se hacía más presente en aquella situación que anunciaba un nuevo fracaso en su vida. ¡Iban tantos! No podía dormir. ¡No podría volver a dormir el resto de su vida! Pero su juventud pudo más, y al fin se durmió.

El viaje se hacía en un departamento de lujo en aquel tren que corría a gran velocidad sobre unas vías interminables. Las nubes que cubrieron su cielo la noche del anuncio de aquella aventura, se habían disipado en los días que siguieron antes de la partida. La reserva de los billetes de tren en el mismo que lo haría la delegación de peluqueros, la preocupación de Doña Elisa por preparar el equipaje que tenía que llevar, lo solícita que estaba Felisa con él, y los consejos de Daniel, fueron dibujando un escenario de realidad a lo que él en un principio pensó que era una nueva mentira. Pero lo que terminó de convencerle de la bondad de los planes de su maestro, fue la reunión a la que le hizo asistir con el resto de maestros del Gremio de Peluqueros de la ciudad, y donde le presentó como su suplente en aquella ocasión. El buen recibimiento con que fue acogido por los allí reunidos, le dio la medida de la estima en que tenían a Daniel dentro de la profesión.

Suspendido en aquella agradable sensación de haber, por fin, conseguido ser admitido sin reservas en aquel mundo, se durmió sentado en el vagón, y acunado por las risas de aquel grupo de hombres a quienes acompañaba. Los que, al parecer, tomaban aquel viaje como una aventura licenciosa en una ciudad famosa, llena de fiestas y mujeres hermosas. A él no le interesaban los planes de aquellos hombres. Por lo tanto, con la música de fondo de aquellas conversaciones ruidosas y ajenas, con la imagen de Felisa en su pensamiento, durmió hasta que fue despertado cuando el tren se detuvo en la estación. Habían llegado.

La habitación del hotel. Aquellos hombres sabían vivir bien, pues el hotel, por cómo era su habitación, ofrecía un lujo al alcance de muy pocos. Como él viajaba a gastos pagados aquello no le preocupó. Aunque si la habitación hubiera sido la de una pensión modesta como la de Manolita, no hubiese notado la diferencia. Se encontraba en una nube que apenas le dejaba margen para la realidad. Aquel viaje, ahora estaba seguro, pues sus compañeros apenas le hicieron caso, ni habían contado con él para lo

que habían planeado para esa noche, la primera de un viaje de trabajo, según decían ellos, le indicaban claramente que su presencia allí nada tenía que ver con sus actividades, por lo tanto se trataba de una prueba a la que era sometido por Daniel, tan vez impulsado por su mujer, la cual todavía parecía guardar alguna reserva hacia él. Pero él, esta vez, estaba decidido a superarla. Tenía en sus manos el programa de actividades. Asistiría a todas las demostraciones que los profesionales más famosos realizarían en los salones de aquel mismo hotel. Trataría de aprender lo más posible de



las novedades que presentasen. Haría cuanto fuese posible por regresar con los deberes hechos y presentarse ante Felisa como un hombre responsable. Superaría la prueba.

Y así fue. Regresó con un diploma en el que constaba su asistencia a las demostraciones, y la constancia de su buena actitud y

aprovechamiento, pues tuvo la oportunidad de practicar en más de una ocasión, con aquellos maestros. Daniel, orgulloso de su pupilo, enmarcó y colgó en el salón aquel diploma, que sería el primero de una serie que llenaría toda una pared, y que le convertirían, de hecho, en un verdadero maestro. Y al mismo tiempo que los diplomas llenaban la pared, la presencia de Carlos al frente del negocio, y las ausencias de Daniel, se hicieron más frecuentes. El dueño ya tenía tomada la decisión: aquel joven, encontrado por él en la estación, iba a ser su sucesor. Ya estaba preparado para ello, solo que él esperaba una ocasión especial para hacerlo oficial. Y la ocasión llegó, cuando, como un hecho irreversible, su hija y el joven anunciaron su intención de casarse. El ya lo esperaba.

Carlos y Felisa se habían casado. Se quedaron a vivir en la casa familiar, y los padres de ella, una vez jubilado Daniel, se marcharon a vivir a una casa de campo cerca de la ciudad. Quedaron dueños de la casa, y del negocio de peluquería donde Carlos había conseguido fama como maestro peluquero. Las clientas, que en un principio estaban reticentes ante el cambio, pronto disiparon sus dudas ante la pericia del nuevo maestro. Su conservadurismo se rindió ante las nuevas maneras de peinar, según la moda, que Carlos introdujo en el negocio. Aquel cambio se comentó por la ciudad, y pronto acudieron nuevas clientas que obligaron a la ampliación del número de sillones. El negocio iba viento en popa, y el matrimonio se vio reforzado cuando nació el pequeño Daniel.

La casa de antiguos aristócratas, con apellidos de rancio abolengo, sufrió un cambio definitivo con el nuevo aire que introdujo el joven matrimonio. Desaparecieron los cuadros con los retratos de unos antepasados momificados por el paso del tiempo, y en su lugar se colgaron paisajes y marinas que alegraron las paredes. Fueron reemplazados los muebles por otros dentro de la moda de aquel tiempo, las paredes se pintaron con colores claros, y los pesados cortinajes dejaron paso a cortinas traslúcidas que iluminaron las antes tenebrosas salas. Todo fue obra de Felisa, pues Carlos, de aquello de las modas, entendía bastante poco y se preocupaba menos. Cuando Elisa visitó su antigua casa, ante el cambio efectuado, casi no la reconoció, aunque su sorpresa, en vez de disgustarla, se tornó en un gesto de aprobación por todo lo efectuado. Ella, en la casa de campo, también tendrá que hacer cambios.

Daniel era un niño feliz junto a sus padres. Su madre estaba entregada por completo a su cuidado, y su padre, cuando su trabajo se lo permitía, le llenaba de mimos. Al niño no le extrañaba el ver por su casa, de vez en cuando, la presencia de algún forastero amigo de su padre. Tampoco le extrañó la presencia de aquel hombre, que resultó el mejor amigo que su padre había tenido en su etapa de joven. Y por lo tanto, no podía sospechar los problemas que su presencia le iba a traer a su familia.

El forastero que había llegado a visitar a Carlos era Pedro su compañero en la pensión de Genaro y Manolita. Allí fue recibido con la alegría de todos. Desde que Manolita le remitió la dirección de Carlos, Pedro pensó en visitarle a la primera ocasión que se le presentase. Ese día llegó, y allí estaba. El peluquero desatendió por unos días el salón de peluquería, y se dedicó a acompañar a su amigo Pedro por toda la ciudad recordando correrías de viejos tiempos. Lo presentó a todos como su mejor y más antiguo amigo. El hombre no dijo la duración de la visita, así, que a los pocos días Carlos tuvo que retomar su actividad en la peluquería, y Pedro quedó libre de vagar por la ciudad.

Por aquel entonces, el ambiente social en la ciudad, estaba bastante crispado, y el orden público se veía alterado con bastante frecuencia. Estaban cerrando fábricas y echando a los trabajadores al paro. Se empezaba a ver gente errando por las calles con la máscara del hambre en sus rostros. Carlos escuchaba aquellos comentarios entre sus clientas bastante asustadas, porque el orden era, para ellas, un seguro de bienestar. Y las noticias de todos aquellos altercados estaban perturbando la paz de sus familias. Y ellas, no estaban dispuestas a tolerarlo. Si hace falta, sacarán el Ejército a la calle. ¡Estaría bueno!...

Esa mañana Carlos está desayunando y leyendo el periódico, cuando una noticia llama su atención: La noche anterior había habido un enfrentamiento violento entre la policía y un grupo de alborotadores. Habían asaltado varios comercios, y una sucursal bancaria, y la policía había intervenido haciendo varias detenciones. Según se ha sabido, de fuentes bien informadas, el cabecilla de los desmanes era un abogado venido del norte para organizar la revuelta. Su nombre: Pedro Mimbres Galarza.

Carlos queda sorprendido por la noticia. Ese Pedro, a quien denuncian como cabecilla de la revuelta, era Pedro, su amigo Pedro, a quien él acogía en su casa. No entiende nada. Debe de tratarse de una confusión. El no se imaginaba a Pedro encabezando una revuelta. Claro que había pasado bastante tiempo sin saber el uno del otro, y ahora desconocía las actividades de su amigo, pero... Tendrá que informarse bien. A fin de cuentas, él, era su amigo. En esta reflexión estaba cuando llaman a la puerta. El mismo acude a abrir. Cuando abre la puerta se encuentra con varios policías.

.- ¿Es usted Carlos Cañete García?

.- ¡Sí! ¡Claro! ¿En qué puedo servirles?

.- ¡Queda usted detenido!

Y sin más, le sacan de la casa, y se lo llevan.

Pedro a su llegada a la Comisaría, es reconocido, y ese reconocimiento le identifica como el huésped y buen amigo de Carlos. Por eso es requerida la presencia del peluquero ante el Comisario, para interrogarle sobre el hecho. Carlos, ante el Comisario, conocido por ser su esposa clienta suya, explica su vinculación con Pedro, así como su desconocimiento de las actividades de su amigo, ya que hasta hace unos días desconocía hasta su lugar de residencia.

El Comisario sabe que va a estar muy presionado, sabe los enemigos que tiene dentro del Cuerpo que no van a dejar escapar la oportunidad de ponerle en aprietos ante su decisión sobre el peluquero, ya que es conocido su mutuo conocimiento. Y por otro

lado, sabe que su mujer, y su grupo de amigas, le van a pedir un castigo leve, pero ejemplarizante para su maestro peluquero. Ninguna de ellas, pese a su admiración profesional, no ha olvidado sus orígenes plebeyos, su liberalismo, y su empeño en cambiar las costumbres de la gente de clase más elevada. No querrán un daño excesivo para el detenido por la amistad y la influencia de la familia de Felisa, pero aquello no podía quedar sin un mensaje claro de que aquel comportamiento no podía consentirse.

Tras una larga conversación, Carlos marcha a casa, con el consejo de que debía estar localizable en cualquier momento para lo que la autoridad necesite de él. Al llegar a casa, ante una Felisa angustiada, da cuenta de lo ocurrido. La mujer no entiende cómo a personas de su categoría se le pueda sacar de su casa en esas condiciones. Ha llamado a sus padres para contarles lo ocurrido, y para pedirles que movieran todas sus influencias para que Carlos saliera con bien de todo aquello. El buen nombre de su familia estaba en juego.

Daniel padre, consigue una reunión con el Gobernador y el jefe de la Policía, a la que asiste también un conocido juez pariente de Elisa. De aquella reunión debe salir una solución que recoja sus peticiones sin que El Sistema saliera, públicamente, como perjudicado. Aunque todos los allí reunidos, sabían que la libertad total de Carlos iba a ser incomprendida por la gente de orden muy sensible a todo lo que estaba ocurriendo en las calles de la ciudad. Dentro de unos días le sería comunicado a Carlos el acuerdo alcanzado.



Carlos vuelve a su casa, cabizbajo y avergonzado de que la gente le relacionase con las violentas protestas, considerándolo cómplice del cabecilla de los vándalos. Felisa le recibe con un fuerte abrazo, tan fuerte como la angustia que había sentido durante aquellas horas. Temió un mal irremediable para él, y así se lo comunicó. El hombre le dice que no era para tanto, al fin y al cabo, su relación con Pedro venía de tiempos muy atrás, y en ningún caso tenía conocimiento de las actividades subversivas de su antiguo compañero de pensión. No había nada que temer. El le explicaría a Danielito lo ocurrido. Aunque lo mejor, hasta que se solucione todo, es que le lleves con tus padres.

Al día siguiente, como si nada hubiera ocurrido, Carlos abrió la peluquería, y organizó el trabajo para aquella jornada. Todo estaba dispuesto, cuando llega la primera anulación. Mi señora dice que hoy no puede venir. Que ya llamará para otro día. Y luego siguió otra, y otra, y otra,... Al mediodía, Carlos, sabedor de la causa de todas aquellas anulaciones, y de la no presencia de clientas en la peluquería, decide mandar a casa a sus empleadas, hasta nueva orden, y cerrar el salón hasta ver en qué acababa todo aquello.

Al volver a casa, la encuentra vacía. Siguiendo sus órdenes, Felisa y Danielito, se habían marchado a casa de sus padres, y la chica de servicio con ellos, así que estaba solo. Solo para enfrentarse a aquella tormenta a punto de estallar. Durante el resto del día se dedica a poner en orden todos sus papeles. La Escritura de Propiedad de la casa y

de la Peluquería, estaban a salvo en la caja fuerte, solo Felisa y él tenían acceso a la combinación que la abría. Telefona a su Abogado para que el tema de los impuestos estuviera al día. Una vez todo dispuesto, cree llegado el momento de comer algo y descansar.

Aquella mecedora, junto al balcón, era su lugar favorito cuando quería aislarse del día a día, y remontarse a los tiempos pasados. El leve balanceo de la mecedora, como siempre, consigue adormecerle sumiéndole en un beatífico sopor. Hasta que unos golpes en la puerta le espabilan. Abre. Ante él tiene a un policía.

.- Don Carlos, tiene usted que acompañarme a casa del Señor Gobernador.

Había llegado el momento.

El Despacho del Señor Gobernador, estaba completo: el mismo Gobernador, el Jefe de la Policía, un General de la Guardia Civil, y el Secretario del Obispo estaban allí esperando al peluquero. Este, algo inquieto, toma asiento donde se le indica. A la puerta se ha quedado un guardia armado. Comienza a hablar el Gobernador.

.- Carlos, todos saben que somos conocidos, y no me importa reconocer que amigos, desde hace mucho tiempo, por eso este asunto lo hemos de tratar desde ese punto de vista. A las autoridades que me acompañan también las conoces bien. Pero tienes que reconocer con nosotros, que las noticias que han salido en la prensa, y que por lo tanto son del dominio público, no pueden quedar sin una contundente respuesta por parte de la Autoridad. A los terroristas que fueron detenidos durante los disturbios, se les va a aplicar todo el peso de la Ley, tal y como corresponde a un delito tan grave. Y por lo que se refiere a ti, aunque nosotros sabemos que nada tienes que ver con las actividades delictivas del que fue tu amigo en otra época, tu nombre está ligado al que se considera cabecilla de la revuelta, y también estamos obligados a hacer algo al respecto. Tus suegros nos han hecho llegar su preocupación por lo que te pueda pasar, afirmando, por su honor, tu inocencia en los hechos ocurridos, que nosotros, como ya he dicho, estamos también convencidos. Pero pese a ello, alguna medida debemos tomar para acallar a las voces más radicales que piden, para todos, unas penas ejemplarizantes. Los aquí presentes, hemos deliberado sobre ello y, atendiendo al respeto que nos merece la familia de Felisa, estamos dispuestos a tomar una decisión que sea lo menos punible para ti. Aquí el Jefe de Policía te comunicará lo acordado. El uniformado carraspea y toma la palabra.

.- Carlos, no te podemos negar que hemos barajado distintas formas de salir, con bien, de este asunto que nos ocupa, y hemos decidido lo que creemos mejor. Estamos convencidos de que quienes quieren aprovechar esta oportunidad para hacer un escarmiento a quienes quieren alterar el orden constituido, al mismo tiempo quieren dejar claro a las personas como tú, que desde las capas bajas de la sociedad tienen la osadía de querer igualarse a quienes les corresponde ese lugar privilegiado, no podrán nunca ser admitidos entre los suyos. Este punto de vista también tiene que tomarse en cuenta. Por esto, lo mejor para todos, es que, desde este momento, te hagas invisible para nuestra sociedad.

El hombre se detiene en su exposición dando a entender que aquello le está costando un esfuerzo importante. El Gobernador, viendo el mal trago que está pasando su acompañante, toma la palabra de nuevo.

.- Carlos, ya está todo dispuesto. Desde aquí, en este momento, saldrás por una puerta discreta. Un coche te estará esperando en la puerta, en él irás hasta la casa de tus suegros, donde sabemos que están Felisa y tu hijo Danielito, y sin demora saldréis toda la familia hacia una ciudad donde quedarás confinado por el tiempo necesario para que todo esto pase, y la gente, que ahora nos presiona, lo haya olvidado. Es preciso vuestro anonimato. Allí os estará esperando un delegado mío para comunicarte todo lo

dispuesto para vuestra estancia. No tengo que decirte que esta reunión nunca se ha celebrado. ¡Adiós Carlos!

.- ¡Gracias Señor Gobernador!

Y Carlos sale por donde el guardia armado le indica.

Carlos se viste el abrigo, toma la cartera con todas las herramientas de su oficio, se cala el sombrero, y sale de casa rumbo a su trabajo. Llevan ya un tiempo en aquella ciudad y, por el momento, no parece que les está suponiendo mucho esfuerzo el adaptarse a su nueva vida. El cambio ha sido brusco, pasar de vivir en una gran ciudad, a una pequeña de provincias, y de estar integrados en la mejor sociedad, a tener que vivir entre la gente marginal en aquel barrio degradado, supone una metamorfosis extrema, pero como la alternativa hubiera sido vivir separados, toda aquella incomodidad la daban por buena. Lo esencial era el anonimato, y aquello, allí, estaba garantizado.



El perímetro del barrio era pequeño, apenas media docena de calles, pero la gente que habitaba allí, y quienes llegaban de visita, no se preocupaban de nadie más que de ellos mismos, por eso nadie se extrañó de la llegada de aquella familia al barrio. Carlos, Felisa, y el pequeño Daniel, ocupaban una casa de tres alturas en una esquina lindante con la ciudad normal, si bien, la casa, no tenía ninguna ventana, ni balcón, en esta fachada lindante. Aquello era la frontera. Teresa, la asistenta, les siguió en el destierro.

El día que llegaron a la ciudad con el corazón encogido por el miedo y la incertidumbre, les estaba esperando el delegado del Gobernador, les condujo a aquella casa, les comunicó las normas a cumplir, el trabajo que tendría Carlos, y el lugar donde tendría que desarrollarlo, y se marchó. No sin antes advertirles que no volverían a verle. El no les conocía de nada.

La familia, ya a solas en su nueva casa, trata de interiorizar las normas que les habían comunicado. Sabían que el hecho del obligado traslado, sería duro, pero las condiciones que tendrían su vida de ese día en adelante, las endurecerían un punto más. El confinamiento no solo se refería a la ciudad, debían permanecer dentro del perímetro de aquel pequeño barrio, y estarían obligados a convivir con la gente que allí vivía, y por el trabajo asignado, lo harían, concretamente, con las mujeres que trabajaban en los prostíbulos. Aquel era el barrio chino, y por lo mismo, el barrio de las putas.

Así lo entendieron, y así estaban dispuestos a cumplir. El peluquero acudía sobre el medio día a una casa en concreto, donde acudían las mujeres para retocarse el peinado descompuesto el día anterior por el ajeteo sobre la almohada. Su jornada de trabajo duraba hasta las cuatro de la tarde, hora esta en la que se habría el barrio a los clientes. El miércoles por la mañana, según acuerdo con la autoridad, acudía al hospicio de la ciudad para rapar a los internos. El resto de los días lo empleaba a educar a su hijo, imposibilitado de asistir a escuela. Para lo que era necesario adquirir en la calle, Teresa era la encargada de ello. Ella, al ser ajena a la familia, si podía salir, ya que estaba liberada del confinamiento. Felisa no salía de casa.

A Danielito niño le gusta desayunar sentado en aquella mesa frente a la ventana, al final del pasillo, que da a la calle y sirve de tragaluz a aquella parte de la casa. Su madre lo sabe y le hace preparar un tazón de sopa, leche y trozos de pan, que él encuentra cada mañana sobre la mesa adosada a la ventana con vistas a la calle. Sobre el asiento de la silla, un cojín suple la poca altura de sus escasos años. A él le gusta estar sentado allí. Ve la calle y el trajín mañanero. Ve los balcones de las casas frontales.

Pero lo que más le gusta, sobre cualquier otra cosa, es mirar a Margarita, la vecina de enfrente, cuando sale desperezándose al balcón en ropa interior a contemplar los primeros rayos de sol. En verano solía hacerlo desnuda.

Le gusta imaginar cosas e imágenes fantásticas, como en el cinematógrafo, cuando el sol da de lleno en las fachadas de enfrente, cuando los relieves y desconchones, con sus sombras, componían formas fantasmales. Y sobre aquel decorado fantástico, se colaba la figura de su padre, abrigo, sombrero, y cartera en ristre, camino de su trabajo. Todo aquel hermoso panorama, Danielito, lo ve enmarcado por el colorido de los geranios del balcón. Más de una vez, ensimismado en el espectáculo, la cuchara derramaba la sopa sobre el limpio mantel.

La vida de la familia, dentro de las especiales características que conllevaba, transcurría así, con un ritmo pausado y tranquilo, hasta que un suceso vino a poner de nuevo la desgracia en su camino. Estaban a punto de preparar la mesa para comer, cuando una llamada a la puerta les sorprende. Nadie había venido a su casa desde que ellos vivían allí. Teresa abre la puerta, y una mujer entra como un torbellino. ¿Qué ocurría?

La mujer deja sobre la mesa el abrigo, la cartera y el sombrero de Carlos. Era la dueña de la casa donde el peluquero ejercía. Hacía un momento, habían interrumpido en su casa unos desconocidos armados, y se habían llevado a Carlos. Uno de ellos, en medio del desconcierto de los allí presentes, les advierte de que se busquen otro peluquero, pues ese no volvería más. Y con la misma prisa que entró la mujer, se marcha. Dentro queda el silencio y la incredulidad.

Hasta allí habían llegado los tentáculos del odio y la venganza. Las autoridades habían buscado la solución más conveniente al problema de la amistad de Carlos con Pedro. Solo querían alejarle de la ciudad para evitar la incomodidad de ejecutar a un miembro de una familia tan influyente a la vista de todos. El anonimato fue la tapadera a tan ruin acción. El orden quedaba así establecido, y nadie podría echarles nada en cara. El peluquero, desaparecido para el mundo, seguiría confinado, y sepultado, en aquel barrio para siempre.

Felisa, con su hijo y Teresa, no tiene más remedio, que, desde el dolor, hacer frente a aquella insólita situación. No podía regresar, ni comunicarse, con sus padres, y más ahora que los enemigos les tenían localizados. No podían seguir en aquel barrio, pues la suerte que había corrido Carlos, no ofrecía ninguna duda. Tienen que arreglárselas ellos solos. Esa misma noche, amparados en la oscuridad, y pensando que era muy pronto, desde la desaparición del peluquero, para que nadie pensase una decisión como aquella en gente tan dolorida, abandonarían la ciudad. Sus padres tenían una casa, en una ciudad lejana de allí, y que nunca habían visitado, que podría servirles de escondite hasta saber qué hacer de una manera definitiva.

Esa noche, tres figuras, camufladas en la oscuridad, salen del barrio camino del centro de la ciudad. Su aspecto no es el de la gente que vive en aquel barrio. Llevan ropas de su época de ciudad, y ello les ayuda, sin levantar sospechas, a tomar un coche de alquiler que les lleva hasta la ciudad más cercana. Allí, toman un tren, y tras varios trasbordos llegan a la ciudad donde toman alojamiento en un hotel. Desde allí telefonea a su padre dándole cuenta de su situación, y pidiéndole que les proporcione la llave para instalarse en la vieja casa de aquella ciudad.

Daniel tiene el impulso de salir él mismo para socorrer a su hija y a su nieto, pero recapacita y siente miedo por si le vigilan y dan con el paradero de los fugitivos. El hombre que cuida las tierras anejas a la masía, tiene un hijo haciendo el Servicio Militar muy cerca del lugar donde esta Felisa. Casualmente está allí, con sus padres,

disfrutando de un permiso. Le pedirá que parta hoy mismo para el cuartel, y que de paso le entregue la llave de la vieja casa. Y con él le manda un fuerte abrazo, y una buena cantidad de dinero. Elisa no debe saber nada de aquello de momento, su amor de madre le podría hacer algo irreversible. La vida de su hija y de su nieto corre peligro, y él, por una imprudencia, no va a agravar ese peligro.

La casa resulta un lugar acogedor. Tras una buena limpieza, y algunas reparaciones urgentes, queda perfecta para instalar allí su hogar. Su situación, en una calle céntrica de aquella ciudad, le daba categoría de mansión, y ello daba muestra de la posición social que la familia de Daniel había tenido en aquella ciudad. La gente, al ver que ocupaban aquella casa, les saludaban con respeto. Si ocupaban la casa de la familia de Don Daniel, seguro que era gente importante.

Felisa no había contado con que alguien en aquel lugar todavía recordase a su abuelo. A ella no le convenía que nadie la relacionase con sus antepasados, por ello, deciden pensar, y decidir, cómo enfocar ese problema. Teresa, que no tiene nada de tonta, y que estaba al tanto de la crítica situación por la que estaban pasando, da la solución: Felisa sería una mujer viuda, que por problemas de salud había adquirido la casa a los antiguos dueños, y ella, sería su asistenta que con su hijo estaba allí para cuidarle en su recuperación. Y así queda establecido el papel que puertas a fuera tenía que representar cada uno de ellos.

Daniel vivió en aquella casa con su madre y Teresa, hasta que tuvo que trasladarse a otra ciudad para ingresar en la Universidad. Ese día, los tres, volvieron a hacer sus maletas y buscar una casa en su nuevo destino. El muchacho aprobó la carrera de abogado sin grandes dificultades, y pudo abrir un bufete en la casa donde nació. En esta ocasión su madre no le acompañó, sí lo hizo Teresa. Después de los años pasados, nadie recordaba ya lo ocurrido a su padre. Pero él, como precaución, ocultó sus apellidos bajo el nombre que formaban la primera sílaba de su nombre y apellidos. Pero



su madre no quiso volver al lugar que le traería la tristeza por la pérdida de su marido. Sus abuelos ya no vivían, y Daniel tomó la masía como domicilio habitual.

Felisa se instaló en una residencia donde llevaba una vida sana y tranquila entre las montañas. Era una residencia de lujo donde la mujer recibía los mejores cuidados.

Ella se sentía allí tranquila, segura, y como recibía muy a menudo la visita de su hijo, se podía decir que la vida transcurría plácidamente para ella. Pero ese día la visita de Daniel a su madre, no era como cualquier otra visita. Su madre estaba grave y los médicos temían por su vida, por eso le avisaron con urgencia, y él acudía lo más rápidamente posible. Y llegó a la residencia con el tiempo justo para ver a su madre dar su último suspiro.

Ese lunes, los empleados del bufete, vieron llegar a su jefe con un brazalete de luto. La seriedad que vieron en su rostro, les desanimó a preguntar el motivo del brazalete. Todos sabían que Daniel tenía algo oculto en su vida, pero nadie se atrevió a indagar en el hecho. Todos entendieron que el luto tenía que ver con aquella parte de su vida que él había decidido mantener oculta, y ellos, como le apreciaban de verdad, respetaban el anonimato de su dolor.

Habían pasado varios meses desde el día que Daniel llegó a la oficina con el brazalete negro, y nadie le vio, durante ese tiempo, hacer uno de aquellos viajes que antes hacía con tanta frecuencia. La extrañeza del hecho ya había sido olvidada por el personal, cuando la secretaria fue llamada al despacho de Daniel. El jefe tenía que ausentarse durante algunos días, y quería que durante su ausencia todo trascurriera como si él estuviera sentado en aquella misma mesa. Y debían informarle de cualquiera novedad que llegase al bufete. Así se hará. Fue la escueta respuesta de la mujer.

Daniel ha vuelto otra vez a aquel lugar después de varias tentativas fallidas. Muchas veces se había hecho el propósito de entrar en la casa, pero siempre terminaba por retroceder sobre sus pasos dejándolo para más adelante. No había querido desprenderse de aquella casa de la que salieron, su madre, él y Teresa, furtivos después del asesinato de su padre, y conservaba las llaves como un ancla para retener ese pasado doloroso, pero que era el suyo, y que un día tendría que afrontar para poder enlazarlo con aquel otro lugar donde nació, y que fue el principio de todo, y llenar aquel vacío, que por voluntad de su madre, nunca se le reveló, pero él, por medio de Teresa, hacía tiempo que conocía el lugar de aquella casa. Su madre le había abandonado definitivamente, y él cree llegado el momento de culminar aquella misión.

Siempre que algún asunto profesional le llevaba hasta la ciudad, o sus cercanías, él se llegaba hasta aquel barrio pensando que tendría valor para entrar en la casa, pero siempre había fallado en ese propósito. Espiaba, desde la cercana arboleda, la fachada sin ventanas de la casa. Aquella era la frontera que nunca se atrevía a traspasar. Y veía el tránsito de la gente entrando y saliendo de aquel barrio de tan mala fama, y pensaba que no le sería difícil, ni arriesgado, mezclado entre aquel ir y venir de gente, adentrarse en el callejero estrecho del barrio. Hoy la hará.

Ahora está frente a la casa mirando a los balcones de la primera planta y las ventanas más altas. Y sobre todo, mira, con ojos vidriosos, el estrecho perímetro del tragaluz que hay en un extremo de los balcones. Aquel trozo de cristal había sido su ventana en aquel mundo nuevo y extraño. Lo cierto es que se podía decir que era el único mundo que conoció durante su estancia en aquella casa. Desde allí ve el cristal, turbio de polvo y telarañas, como están, en ese momento, sus pensamientos y parte de su alma. Pero hoy no piensa fracasar en su intento de entrar en la casa. Saca la llave, y no sin pensarlo durante un largo rato, la introduce en la cerradura. El chirrido de los goznes al abrirse, resuena como el desgarró que siente en su interior al dar aquel paso. Entra.

El interior muestra la huella propia de una casa desabitada durante tantos años. Nadie había entrado allí desde aquel maldito día. Nadie reclamó la casa, y tampoco nadie conocía su paradero para poder reclamarla. Y ahora él estaba allí dentro. Colgados en el perchero que hay en la entrada, están, cubiertos por el polvo del tiempo y el olvido, el abrigo y el sombrero que su padre solía usar cuando salía para su trabajo. La vieja cartera está sobre la silla. Aquellos objetos guardaban el más fiel recuerdo de su padre, aunque él, mientras permanecieron en aquella casa, no supo el uso que su padre hacía de ellos. Sabía que su padre, cada mañana, salía de casa con la cartera en la mano rumbo a su trabajo. El le veía asomado al tragaluz. Sabía que era peluquero, pero nada más. Fue Teresa quien le puso al corriente de los detalles muchos años después.

La casa le trae recuerdos de una vida que constituye los años allí vividos. Unos pocos años, pero por su marginalidad suponen un período de su vida con características y entidad propia. Y ahora está dispuesto a traerlo hasta el conjunto de su restante vida. Daniel sabe que al salir aquella noche como fugitivos algo dentro de él se detuvo, y quedó marginado en un olvido voluntario negando la veracidad de todo lo vivido en

aquella casa y sus terribles consecuencias. Y hoy tiene que recuperar lo que dejó guardado entre aquellas paredes. Ahora que su madre ya no está, siente que necesita asumir aquella triste etapa de su vida. Debe vencer su miedo ante la verdad de lo ocurrido. Allí, en aquella soledad y olvido, quedó parte de su vida junto al hueco que dejó la desaparición de su padre.

Daniel había crecido sabiendo que algo faltaba en su vida: la presencia de su padre. Y también la no aceptación del tiempo vivido en aquel lugar y las circunstancias que lo hicieron posible suponían un hueco en la cronología de su vida. Ahora él era un abogado famoso en la profesión. Tenía una buena posición social, una estupenda familia, y una economía envidiable, pero algo faltaba para conseguir la felicidad. Su mujer aceptaba sus bruscos, e inexplicables cambios de humor, y sus ausencias injustificadas. A veces pensaba que ella conocía el secreto de su vida, que sabía de la existencia de su madre y su estancia en la clínica, y que se hacía cargo de sus rarezas sin reclamarle nada, pero a veces también dudaba de ello, y se sentía culpable. Algún día tendrá que contarle todo, pero lo hará allí, en aquella casa, sobre el terreno. Será algo duro, pero necesario. Cuando su hijo sea mayor, tendrá que cargar con aquel secreto.

Ahora está sentado frente a la mesa, mirando por el tragaluz las casas de enfrente como hacía cuando niño. Lo que ve a través de los camuflados cristales, son casas remozadas y de apariencia desconocida para él. También aquello había huido de los tiempos tristes. Tal vez ahora, su actividad, era muy distinta de la que tenía cuando él ocupaba aquella casa. Sentado en la mesa, frente al tragaluz, Daniel siente ganas de llorar.

Desde aquella ventana, también vio a su padre aquel fatídico día en que marchó al trabajo y que nunca volvió. Daniel, ante ese amargo recuerdo, no puede soportar estar más tiempo sentado en aquel lugar. Decide salir de la casa; para una primera visita ya estaba bien. De camino a la puerta, se detiene ante el perchero. Allí está el abrigo, el sombrero, y la cartera de su padre. No sabe a qué impulso obedece, se viste el abrigo, se coloca el sombrero, toma la cartera, y sale a la calle. El barrio vuelve a ver pasear sus calles al hombre del sombrero. La mayor parte de los vecinos ignoran su paso, sin embargo, algún anciano, tendrá la impresión de que le era familiar el hombre del abrigo, del sombrero, y de la ajada cartera.



Y así finaliza

UN VIAJE DE IDA Y VUELTA

Emilio Marín Tortosa